

Las revoluciones del siglo XVIII (V): cambios políticos decisivos

Pedro Costa, *Ingeniero Técnico de Telecomunicación,*
Profesor de la EUITT de Madrid

El siglo XVIII europeo, que va encaminándose poco a poco hacia la Revolución, ofrece un panorama de guerras continuas entre las primeras potencias continentales (Francia contra el Imperio Austriaco, Rusia y Austria contra el Imperio Otomano, Francia y España contra Gran Bretaña, Prusia contra Austria...) que reflejan frecuentemente una serie de alianzas y coaliciones variables y mendaces, casi siempre ocasionadas en cuestiones dinásticas o territoriales¹. Especialmente significativo resultó el Tratado de Versalles de 1763 que, dando fin a la Guerra de los Siete Años, confirmó la supremacía de Gran Bretaña como potencia colonial (y, por lo tanto, económico-comercial) indiscutible, tras imponerse finalmente a Francia; se originaron, así, casi 30 años excepcionales de paz. Pese a su trascendencia, la independencia de los Estados Unidos de América (1783) apenas conmovió a la potencia británica, que también acabó triunfando tras las inacabables guerras napoleónicas.



Es, sin embargo, 1789 la fecha decisiva: la Revolución francesa supondrá una convulsión política sin precedentes, y de sus consecuencias se derivará un cambio histórico para Francia en primer lugar, que dejará de estar marcada por un feudalismo secular, por el omnímodo poder de la Iglesia y por el *derecho divino de los reyes*... Los grandes cambios políticos que tienen lugar responden –en clave francesa en su inicio– al bullicioso siglo XVIII y sus *revoluciones latentes*.

BREVÍSIMA –Y EXCEPCIONAL– HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN

Los acontecimientos se inician con los problemas de la hacienda pública francesa, agotada tras las incesantes guerras de todo un siglo, y con el desesperado intento del gobierno, en 1786, de extender uniformemente un nuevo impuesto, frente al que se alzaron los nobles, el clero y hasta la opinión pública. Y tras meses de tensiones, cambios de ministro y revelación dramática de la incapacidad del gobierno de Luis XVI (que es débil, aunque honesto, y que ha heredado un trono en quiebra en 1774), éste convoca para 1789 los Estados Generales, institución medieval en la que habrían de estar representados –tras un proceso electoral– la nobleza, el clero y el «Tercer Estado», entendiéndose por tal, en esencia, la incipiente burguesía que se



Antoine Lavoisier.

estaba formando con comerciantes y banqueros, a los que se uniría un conglomerado de artesanos y profesionales liberales: abogados, procuradores, médicos y algunos intelectuales de variada extracción.

rán en mucho a todo lo imaginado por los presentes. El tercer estado toma la iniciativa, la asamblea se erige en Asamblea Nacional Constituyente y los nobles y el clero se ven abocados a hacer renuncia expresa de sus privilegios económicos y

«La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano superó en convicción al texto de la Declaración de Virginia de 1776»



Condorcet.

En el verano de 1789, cuando va a iniciarse el gran impulso revolucionario «se superponen tres revoluciones», dirá Vovelle: la institucional o parlamentaria (los privilegiados, que no quieren pagar), la urbana o municipal (París, que dirigirá todo el proceso) y la campesina (ya que el campo pasa hambre en numerosas regiones). El 5 de mayo se abren las sesiones, y pronto los acontecimientos supera-

sociales en la memorable noche del 4 de agosto: el feudalismo ha sido autoliquidado.

Los cambios profundos, en gran medida acometidos ante la presión constante de las masas, pronto van dirigidos a una Europa perpleja y alarmada, y la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (26 de agosto) superará, en convicción y en vigor expre-

sivo, el texto de la Declaración de Virginia (1776), con la que la revolución norteamericana, mucho más aristocrática que burguesa, había pretendido asombrar al mundo². Pronto la cuestión monárquica causa estragos, y hace que en 1791, una vez aprobada la primera Constitución, se constituya la Asamblea Legislativa (16 de diciembre), se inicie una escalada revolucionaria que se fija como objetivo acabar con la monarquía. Los nobles emigrados y el clero pierden gran parte de sus posesiones y, al abolirse la monarquía (21 de septiembre) una primera coalición³ de ejércitos europeos ha invadido tierras francesas; la guerra acelera la Revolución: se establece la Convención republicana y se inicia la cronología revolucionaria, con el Año I. En Valmy, contra todo pronóstico, el ejército revolu-



Lamareck.

te de Salvación Pública bajo Danton, que asume la dirección de una Francia que ha

«En la Revolución Francesa, la etapa del Terror se desencadenó en junio de 1794, provocando miles de víctimas»

cionario vence a los prusianos, ocupando incluso territorios de Alemania e Italia...

El caliente verano de 1792 dará mucho más de sí, ya que se produce la ruptura de la unidad entre las fuerzas burguesas, pasando la iniciativa a la «Comuna insurreccional» de París y a los *sans-culottes*, surgiendo de entre estos agentes colectivos revolucionarios personajes tan famosos y decisivos como Marat, Danton, Saint-Just y Robespierre. Acusado de traición, Luis XVI será juzgado y guillotinado el 21 de enero de 1793 (el 17 de octubre le seguirá al patíbulo la reina, austriaca, María Antonieta). A la burguesía moderada, incluso monárquica, sucederá la burguesía revolucionaria, los jacobinos, que aun así se enfrentará a las masas populares, que puján siempre más allá. En abril de 1793 se forma el Comi-



Auguste Comte.

de afrontar múltiples emergencias: las sublevaciones campesinas, la invasión del territorio por fuerzas extranjeras, la subversión realista, la traición antirrevolucionaria...

Antes de la inflexión se proclama un Ser Supremo y se rinde culto a la diosa Razón, pero la Revolución va devorando a sus líderes y a sus hijos, y el *Terror* se desencadena (junio de 1794) produciendo miles de víctimas entre la aristocracia y los moderados, mientras se sufren importantes derrotas militares. El reflujo llegará tras la revuelta contra Robespierre y el golpe de Estado de 9 *Termidor* (27 de julio de 1794). A partir de ahí se prepara una nueva Constitución que es aprobada por plebiscito y entra en vigor en agosto de 1795. Sucede a la Convención, entonces, el Directorio (1795-99), con un ejecutivo de Cinco miembros y un legislativo bicameral.

Es el inicio de la contrarrevolución, que irá desandando el camino en numerosos aspectos⁴ y que coincide con un nuevo giro favorable de la guerra, de tal manera que con los tratados de paz de 1795 Francia retendrá Renania y Bélgica. Será la guerra, con una extraordinaria serie de éxitos exteriores, lo que determinará el giro definitivo de la Revolución al promover la figura excepcional de Napoleón Bonaparte, quien inflige durísimas derrotas en Italia tanto a piemonteses como a austriacos (1796-97), antes de llevar a cabo la fulgurante campaña de Egipto y Oriente Medio (1798-99), donde se mide por primera vez con los ingleses⁵.

A Napoleón lo alcanzan hasta el poder tanto sus éxitos militares como, más todavía, el cansancio y el agotamiento del periodo revolucionario: en definitiva, es el ansia estabilizadora de la burguesía triunfante, que con Napoleón ve asegurada la consolidación de las ganancias... Un golpe militar era lo que siempre temieron los jacobinos, seguros de que acabaría con el proceso revolucionario, y eso es lo que hace Napoleón en su 18 *Brumario* (9 de noviembre de 1799), formando un Consulado (1799-1802) de tres miembros; su inmensa popularidad le permitiría quedar pronto como cónsul único y vitalicio, hasta autoproclamarse dos años después (1804) emperador hereditario de los franceses. La nueva Constitución, aprobada bajo su influjo, procla-

maría: «Ciudadanos: la Revolución queda estabilizada en los principios que la iniciaron; ha concluido».

Con el Imperio y sus campañas militares terminará ese proceso de 25 años del ciclo más extraordinario de la historia de Francia (1789-1814), en el que se sucedieron todos los regímenes posibles —monarquía, república, dictadura e imperio, con las variantes y los excesos del periodo revolucionario y la restauración monárquica— pero al final de la experiencia nada volvió a ser como antes de 1789.

PARÍS, 1800: CENTRO DE LA POLÍTICA Y DEL CONOCIMIENTO

En el cambio de siglo todavía Francia sigue siendo la preocupación político-militar de las monarquías europeas, pero al mismo tiempo vive un estado de exaltación científica e intelectual sin parangón en su historia, producto de la Revolución y de su sustrato ideológico, la Ilustración; y, como representación, extracto y sublimación de un país en agitación, París asombra al mundo y a la historia. «Alrededor del año 1800, desde el final del Antiguo Régimen hasta la Restauración (1789-1814) se produce en París tal acumulación de acontecimientos políticos, sociales, intelectuales, científicos, religiosos y antropológicos de una intensidad y trascendencia tan extraordinarias que algunas filosofías posteriores encuentran un fundamento sólo en la lectura de aquéllos...», señala Michel Serres en su *Historia de las ciencias*; y resume su análisis con afirmaciones de este calado: «La historia de Francia coincide y se asemeja a la historia de las ciencias: durante la Revolución, los sabios toman el poder». Efectivamente, la floración de sabios y científicos de ese momento resulta extraordinaria y no tiene parangón con ningún momento o país en la historia anterior. Serres aporta una lista enorme de científicos de primera fila, presentes de alguna manera en el París del momento: entre ellos, Carnot (Lazare), Cauchy, Condorcet, Fourier, Lagrange, Laplace y Monge en matemáticas; Bailly, Delambre y Messier en astronomía; Arago, Berthollet, Carnot (Sadi), Coulomb,



Saint Simon.

Gay-Lussac, Lavoisier, Proust y Savart en física y química; Bichat, Cabanis, Couvier, Gall, Lamarck y Saussure en biología y medicina...

Pero París no será, pese a su magnetismo y a su alto grado de condensación científica (continúa Serres), «un centro como lo fueron Londres o, más tarde, Estados Unidos... sino un cruce de caminos en un espacio sin fronteras... París, en aquella época, pierde poder para ganar

universalidad... la razón se materializa en un espacio descentrado. París se suicida como centro. Abandona el derecho al poder a favor de la universalidad: el poder a cambio del saber... no se considera el centro de un espacio ni de un imperio, desde el momento que da o deja el puesto a la ciencia en su conjunto... señala un tiempo y un lugar decisivos en la historia de la ciencia y de la humanidad occidentales... lo que emerge con una fuerza asombrosa podría denominarse totalidad o colectividad, u orden, o mejor todavía, sociología de las ciencias». Pero la cien-

cia entera entrará a formar parte del poder, ya que en realidad querrá para ella todo el poder, «introduciéndose de golpe en la política, no individualmente, sino en bloque... que se prepara para hacerse con todos los puestos; los sabios piensan, viven, actúan dentro de un colectivo que obedece a sus propias leyes...».

Con el cambio de siglo, pues, la Revolución deja de serlo pero los cambios políticos apenas afectan a la marcha de las ciencias (aunque algunos e importantes científicos caerán víctimas del implacable *Terror* revolucionario), entendiéndose por tales fundamentalmente las ciencias físico-naturales, que luego serán llamadas *positivas*, con la componente de la racionalidad matemática como rasgo sustancial. Porque las ciencias ganan a las humanidades, y éstas no dejarían de sufrir humillaciones y limitaciones desde que se iniciara la Revolución (así como algunos de sus principales exponentes, como Chateaubriand y madame de Staël, que han de exiliarse; Baumarchais que es encarcelado; Chénier que es decapitado...). La ciencia *positiva* (el adjetivo lo empleará Saint-Simon por primera vez iniciado el nuevo siglo, perteneciendo *positivismo* a Comte) toma el poder llevada por el «éxito publicitario» de la Ilustración, siguiendo un itinerario

«En aquellos años turbulentos, Francia vivió un estado de exaltación científica e intelectual sin parangón en su historia»

—típicamente positivista— que, de nuevo Serres, marca así: «La sociedad se consagra a la razón, la razón se abandona a las ciencias, y las ciencias expulsan a las culturas. Lo universal se impone a lo particular». El espíritu —y el sistema— de la *Enciclopedia*, hecha de hombres y no de libros, hace que el saber se reúna, se reconozca y se relance con poder propio. Durante la Revolución, dice Serres, «este saber será el equivalente a un Consejo de ministros».

En estas transformaciones político-científicas adquiere un especial significa-

do la última década del siglo XVIII francés, casi enteramente inmersa en el periodo revolucionario (que, propiamente dicho, se extiende entre 1789 y 1799). Aludiendo a esa década tan significativa hay que destacar, por sus contenidos, el año 1794. En marzo de 1794, concretamente, muere Condorcet, uno de los intelectuales que van prefigurando la sociología, por causas no aclaradas pero cuando iba a caer en manos del Tribunal revolucionario (que lo habría llevado a la guillotina sin ninguna duda), y se produce la publicación de su célebre obra *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, en la que quedaría acuñada la idea de *progreso* en su versión ilustrada (la que mayor interés ha suscitado después); en mayo es guillotinado el gran químico Lavoisier, por pertenecer a un grupo privilegiado y bajo la acusación de traición a la patria; es de destacar, también, que en el verano de 1794 el Ministerio de la Guerra instala entre París y Lille la primera línea de telégrafo óptico, obra de Chappe⁶, a impulsos de la necesidad de hacer frente a la invasión de las tropas austriacas; en septiembre se crea la *École Centrale de Travaux Publics*, que al año siguiente adquiriría el nombre definitivo de *École Polytechnique*, convirtiéndose en el centro de la producción y la irradiación del saber científico en Francia. Todo ello durante la Convención republicana (1792-95) y en la transición del *Terror* revolucionario al *Terror* blanco que siguió a la caída de Robespierre (marcando, como consecuencia, el inicio del reflujó revolucionario).

REVOLUCIÓN Y REACCIÓN: ROMANTICISMO, POSITIVISMO, SOCIOLOGÍA

Históricamente, el arranque del movimiento cultural global conocido como romanticismo coincide en gran medida con el periodo revolucionario en Francia. Este movimiento surge, con síntomas y expresiones muy parecidas y de forma casi simultánea, en Alemania, Gran Bretaña y Francia. El romanticismo es una reacción frente a la Ilustración, el racionalismo y los estereotipos neoclásicos, anteponiendo

«El romanticismo fue una reacción a la Revolución Francesa y también al racionalismo y los estereotipos neoclásicos»

do el sentimiento, la libertad y la identificación con la naturaleza (no ha de extrañar que, con estos rasgos identificatorios, la historia de las ideas considere a Rousseau como un prerromántico). La expresión madura de esta corriente cultural es, en primer lugar, literaria y artística, pero también político-nacionalista e incluso económica o científica.

En ese sentido, de reacción antiilustrada, el romanticismo va contra los resultados de la Revolución francesa, y concretamente contra el modelo político y estatal propagado por Napoleón en toda Europa, lo que incluye la progresiva implantación del modelo burgués.

De carácter más científico, el positivismo es una corriente filosófica que considera que el único y verdadero conocimiento es el científico, el que basa el análisis de la realidad en un *método científico*, es decir, teniendo en cuenta los hechos reales, verificados por la experiencia. El positivismo que marca la época es gestado por la Ilustración, sin duda, y en este sentido se diferencia claramente respecto del pensamiento romántico; pero al mismo tiempo va convirtiéndose en una parte integrante del movimiento romántico, que surge en gran medida como reacción al exceso de racionalismo del periodo ilustrado, ya que con su apasionada actitud hacia la ciencia y la humanidad los positivistas acaban mostrándose como «románticos de la ciencia», pese a optar por elementos racionalistas francamente detestados por los románticos.

El positivismo surge, por otra parte, en la coyuntura histórico-intelectual de la Revolución y, motivado en gran medida por las convulsiones que genera ésta, pondrá especial interés en el estudio de la sociedad. Este es el marco intelectual en el que hay que inscribir el pensamiento y la obra de Saint-Simon, así como de sus primeros seguidores, incluyendo de manera especial a Comte; ambos son considerados los fundadores de la ciencia de la sociedad, es decir, la sociología.

Es así, como consecuencia, en este recorrido por la Revolución, sus causas y sus consecuencias, y en especial por el ambiente intelectual que la nutre y la sobrevive, como surge la sociología a partir de sus primeros formuladores. En los años siguientes al final del *Terror* nacen Quételet (1796, en la Bélgica francesa del momento) y Comte (1798, Montpellier), mientras que Saint-Simon se instala frente a la *Polytechnique* (1798). Bonaparte no desentonó en este ambiente, ya que entre otras habilidades demostró saber atraerse a gran parte de los científicos e intelectuales del momento, incluyendo a numerosos ingenieros y a algunos fundadores de la nueva ciencia sociológica.

Del reflujó de la Revolución se irá desprendiendo la sociología, como una capa de sólidos flotantes que acabarán sedimentando. Tanto la referencia a los horrores de la Revolución como la necesidad de reordenar la sociedad de forma estable y, por supuesto, la tarea intelectual

«Los teóricos del positivismo consideraban que el único y verdadero conocimiento era el científico»

tual de estructurar este empeño sobre una base científica que hilvane y unifique el conocimiento⁷, determinan la base de la nueva ciencia de la sociedad, a la que iría definiendo el positivismo francés de cuño comtiano.

La mayoría de los tratados de historia de la teoría sociológica no suelen iniciarse con Saint-Simon, sino con Comte y –atribuyéndole una importancia mucho menor– Quételet. La sociología nace del espíritu genuino de una época claramente diferenciada desde el punto de vista del pensamiento, la de finales del siglo XVIII y principios del XIX, y por tanto

«La historia del pensamiento reconoce como precursores de la sociología a Montesquieu, a Condorcet y a Bossuet»

se enraíza en los conocimientos, ideas y concepciones fruto de la Modernidad; así, la sociología resultaría una *ciencia-corolario*, que surge del positivismo san-simoniano y comteano. Aun así, la historia del pensamiento reconoce como precursores de la sociología a tres significativas figuras del XVIII francés: Montesquieu, por su *determinismo* respecto de los hechos históricos; Condorcet, por su formulación de la *idea de progreso*; y Bossuet, por describir la *tentativa universalista* del espíritu humano.

El ambiente intelectual reinante en la transición entre siglos, en resumen, presiona con fuerza sobre la ciencia social emergente, imponiendo la metodología de las ciencias físico-naturales y el espíritu optimista, y así quedará reflejado en las denominaciones originales de la ciencia sociológica: *fisiología social* según Saint-Simon y *física social* según Comte. ●

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, M. S. (1968): *La Europa del siglo XVIII*, FCE, México.
CORTÉS, Francisco J. (2006): *La École Polytechnique y la bifurcación ideológica de Occidente*, Universidad de Almería, Almería.
SERRES, Michesl (1991): *Historia de las ciencias*, Cátedra, Madrid.
VOVELLE, Michel (1989): *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Crítica, Barcelona.

NOTAS

¹ Resulta interesante reproducir el resumen caracteriológico que el *Politisches barometer* hace de los estados europeos en 1785: «Portugal lo pide todo/ España lo consigue todo/ Nápoles participa en todo/ Parma se adapta a todo/ Venecia permanece en silencio ante todo/ Génova se ríe de todo/ Cerdeña lo vigila todo/ Inglaterra asiste en todo/ Francia se inmiscuye en todo/ Suiza lo censura todo/ A Rusia le temen todos/ Alemania lo imita todo/ Suecia lo rememora todo/ Dinamarca lo sufre todo/ Polonia lo pierde todo/ Prusia lo fomenta todo/ Los turcos se asombran ante todo/ El Sacro Imperio lo cree todo/ El Emperador lo ansía todo/ El Papa lo permite todo/ Gran confusión se aprecia en todo/ Y tan embrollado está todo/ Vamos, Dios, apiádate de todo/ O vendrá el diablo y se lo llevará todo».

² Que a su vez se inspiraba en la *Bill of Rights* inglesa de 1689, que mantenía la monarquía y el aristocratismo.

³ Esta coalición la forman Austria, Prusia, Rusia y Piamonte, y durará hasta 1797. Tras la ejecución de Luis XVI se les unirán España, Nápoles, Holanda e Inglaterra.

⁴ Siendo ya inútiles todos los intentos izquierdistas de reconducir la revolución, como sucede con la famosa «Conspiración de los Iguales», de Babeuf, que acabó ejecutado con sus seguidores en 1797.

⁵ Inglaterra encabezará la segunda coalición (1798-1802) contra Francia, junto con Austria, Rusia, Nápoles e incluso el Imperio Otomano.

⁶ Esta creación técnica supondrá la multiplicación de la velocidad en la transmisión de la información, que hasta entonces –y durante milenios– venía determinada por la rapidez de los caballos.

⁷ En 1799, por otra parte, la Revolución ha culminado el proceso iniciado en 1791 de homogeneización de las unidades de medida, adoptándose por primera vez en el mundo el Sistema Métrico Decimal, máxima expresión práctica de la Razón pura.